

**Megan Maxwell**  
Soy una mamá

Esencia/Planeta

*Soy una mamá*



## Buenos días



Las manos aterciopeladas y fuertes de mi guapo marido recorren mi cuerpo, produciéndome millones de estupendas sensaciones, y no sólo sexuales.

«Oh..., sí..., sigue..., no pares...»

El olor a los aceites corporales con los que me masajea me hace suspirar con deleite, mientras siento y escucho la dulce y suave música chill out que suena a nuestro alrededor y me dejo llevar por el momento.

¡Qué paz! ¡Qué tranquilidad!

Esto es vida. «Por tu padre, Alfonso, ¡no pares! Humm...»

«Moc... Moc... Moc... Moc... Moc...»

Abro un ojo sobresaltada.

¿Qué suena?

¿Qué es ese puñetero «Moc... Moc...»? y ¿dónde están Alfonso y la música chill out?

¡Oh, nooooooooooooooooooooo!

Al instante, soy consciente de la realidad.

Estoy sola en medio de mi enorme cama, porque mi currante maridín ya se ha marchado a trabajar y lo que suena es mi despertador. ¡Qué asco!

Las 7.30. Alargo la mano y lo apago.

Esperaré a la segunda alarma. Tengo cinco minutos antes de que suene la del móvil y tenga que ponerme como Rambo, alerta y en acción.

Me arrebujó debajo del edredón de plumitas de oca.

«Humm, qué a gustito estoy», pienso mientras dejo que mi cuerpo entre en un perezoso coma, hasta que de pronto oigo: «Rabiosaaaaaa... Rabiosaaaaaa... Rabiosaaaaaa...».

¡La alarma del móvil!

Rabiosa, niego con la cabeza. Pero ¿ya han pasado los puñeteros cinco minutos?

Resignada, y tras acordarme de todos los antepasados habidos y por haber del listo que un día inventó el madrugar, saco un pie del edredón de plumitas de oca.

—Uf..., ¡qué frío!

Pero antes de que mi cabeza piense en meter el pie de nuevo debajo, me reactivo y busco las zapatillas, que, oye..., siempre alguna se cuelga bajo la cama. ¿Por qué mis puñeteras zapatillas tienen que hacer lo mismo casi todas las mañanas?

Cuando consigo rescatarla, me la pongo y, aún con las pestañas pegadas por el sueño, me dirijo hacia las habitaciones de mis tres hijos. Angelitos, seguro que duermen como troncos; pero entonces digo desde el pasillo abriendo las dos puertas al mismo tiempo:

—¡A levantarse! Vamos..., vamos..., que hay que ir al cole.

Como es habitual, no me hacen ni caso. ¿Para qué? Simplemente se arrebujan en sus edredones de plumitas y continúan durmiendo a pata suelta.

Cinco minutos después, tras lavarme los dientes, mirarme en el espejo y maldecir porque no soy la chica que fui hace años, que a cualquier hora estaba lozana como una lechuga, vuelvo al ataque amenazando como una posesa:

—Una de dos: u os levantáis o vais al cole en pijama.

Ni que decir que a esa segunda llamada, y en especial por mi tono de voz de mala malota, abren los ojos, me miran con ganas de decirme de tóoooooooo..., pero se levantan.

¡Ja! Menuda soy cuando me pongo en plan madrastrona.

Una vez que veo que han puesto sus piecitos en el suelo, regreso a mi habitación y me visto con rapidez. Vaqueros, camiseta y deportivas. ¿Dónde quedaron los tacones y los trajes que hace años me ponía y me hacían estar impresionante?

Ay..., qué pena..., qué pena me doy a veces.



Con lo que yo fui, lo mona que iba a trabajar a la gestoría y lo que actualmente soy. Eso sí, lo soy por dejada, no porque sea un trol, porque fea, fea, no soy. Lo sé, no hace falta que nadie me lo diga. Pero lo que sí es cierto es que fue tener niños y dejé de sacarme partido. ¿Por qué?

Cuando tuve a Nerea, mi hija mayor, un flotadorcillo apareció alrededor de mi cintura. Con Aaron, se afianzó y, tras David, el flotadorcillo se instaló definitivamente y, aunque haga ejercicio o me ponga a dieta, no desaparece. Sin duda, ya es parte de mí. Eso sí, cada mañana, cuando lo veo, pienso: «¡El lunes empiezo el régimen!».

Y lo pienso porque Alfonso, mi marido, desde hace tiempo es un obseso de la dieta y el ejercicio. El tío está fibroso y estupendo. También se lo curra. Como diría mi insoportable suegra: «¡Alfonso está como un toro, y tú, como una vaca!».

¡Lamadrequelaparió! ¿Por qué no se quedaría muda al nacer?

Pero llega el lunes, y mi poca falta de voluntad me hace comerme un cruasán con mantequilla para desayunar, y pienso: «Venga, va..., mañana comienzo». Al día siguiente, en vez de un cruasán, me como dos y, cuando estamos a miércoles, vuelvo a pensar: «¡El lunes empiezo el régimen!».

Saber..., saber..., sé que lo empezaré un lunes. Lo que queda por determinar es de qué año será.

Una vez acabo de arreglarme, bajo a la planta inferior de mi bonito adosado, ese que mi maridín y yo compramos con esfuerzo y sudor, y comienzo a preparar desayunos, almuerzos y mochilas.

Cuando pongo un pie en la planta baja, mi perra, esa gran... gran... GRAN bonachona y paciente que nos soporta a todos y a la que llamamos Torrija, se levanta con las orejas aún a la virulé y me saluda.

Ay, Dios, ¡qué rica es mi perra!

Nos la encontramos hace tres años una Semana Santa que fuimos a Toledo a ver las procesiones. Al regresar al coche, la vimos asustada y temblando como una hoja debajo de las ruedas del vehículo.

Cuando conseguimos sacarla enseñándole una de las ricas to-



rrijas que habíamos comprado, la pobre se abalanzó sobre ella y, con el cachondeo de «¡Cómo se come la torrija!», con Torrija se quedó, y por supuesto se vino con nosotros a casa para ser uno más de la familia. Donde caben cinco, caben seis.

Tras nuestro saludo mañanero de lametazos y cabezazos mientras le digo cosas como si la pobre fuera tonta del bote, la dejo satisfecha de mimitos y entro en la cocina y me pongo en acción.

Abro la nevera, saco leche, mantequilla y embutido. Luego, de un armarito, cojo cereales, Cola Cao, pan de molde, papel de plata y galletas.

Todas las santas mañanas, lo mismo, ¡qué monotonía!

Con rapidez, preparo los desayunos y me enfrasco en los almuerzos. Sí, esos sándwiches que envuelvo en papel de plata por las mañanas y que, a veces, revisando las mochilas de mis queridos retoños, aparecen chafados y con un extraño color verde del tiempo que algunos llevan allí olvidados.

Cuando mis tres hijos, Nerea, Aaron y David, entran en la cocina, es el mismo cantar de todas las mañanas. Si la mayor no se pega con el pequeño, el mediano chincha a la mayor, o el pequeño empuja al mediano. ¡Todos los santos días lo mismo!

Al final, como siempre, tengo que ponerme en plan Cruella de Vil —ya lo de madrastrona les sabe a poco—, doy quince voces, porque con dos no reaccionan, y así consigo poner algo de orden. Pero no..., no creáis que el orden dura mucho. Es darme la vuelta y el show de mis niños vuelve a comenzar.

Veinte minutos después, llega el momento «¡Me duele la tripa!».

Oh, Dios..., ¿cómo no? Ése también es otro clásico mañanero.

Pero, ¡ja!, ya soy graduada en dolores matutinos y no les hago mucho caso, que me los conozco. Sé que, si presto atención a esas dulces vocecitas o miro sus ojillos candorosos y suplicantes de «Estoy malito, mami, y no puedo ir al cole», me compadeceré del liante en cuestión y dos horas después lo tendré repanchingado en el sillón, más feliz que una perdiz jugando con la PlayStation y con una cara de satisfacción al más puro estilo «Te he engañado, mami», y no, ¡eso se acabó!

Tras conseguir que desayunen, dejen de pegarse y cojan sus

mochilas, logro que se pongan los abrigos. Nerea se lo abrocha. A sus catorce años, ¡por fin! se ha dado cuenta de que, si no se cuida, enferma, pero Aaron, con diez, y David, con casi seis, son otro cantar. Estamos en febrero, hace un frío que pela, pero mis hijos parecen nórdicos: ¡nunca tienen frío! Eso sí, se cogen unos gripazos que es para matarlos. Por más que les explico que cuando hace frío uno tiene que abrigarse, no lo entienden, y cuando voy a recogerlos al colegio, se me ponen los pelos como escarpías al verlos salir remangados y sin el abrigo puesto. Pero ¿en qué idioma tengo que hablarles?

En fin, salvado el tema de salir abrigaditos de casa, abro la puerta y, una vez fuera de nuestra parcelita, nos dirigimos los cuatro juntitos y en armonía al colegio.

Bueno, lo de la armonía es un decir, porque aunque yo quiero mucho a mis niños, reconozco que son pesaditos... pesaditos, pero pesaditos, y continúan martirizándose los unos a los otros todo lo que pueden y más, hasta que de pronto, las súplicas del que le dolía la tripa y sus malas caras se esfuman al ver a su amiguito o amiguita en cuestión, y eso me hace creer con fervor que seguramente voy a tener un hijo o una hija que dentro de unos añitos ganará el Goya al mejor actor dramático y podré poner la estatua sobre la chimenea como un trofeo.

Uisss..., ¡qué mono me va a quedar!

Una vez llegamos al colegio, reparto besos a diestro y siniestro. Ésa es mi venganza. Sé que les joroba, que no quieren demostraciones de afecto ante sus amigos, en especial Nerea y Aaron, pero yo no puedo remediarlo y, cuando consiguen escapar despavoridos, sonrío. Eso tampoco lo puedo remediar.

Tres minutos después, desde la valla, con el resto de las mamis del colegio, levanto la mano y les digo adiós con una sonrisa de oreja a oreja mientras pienso orgullosa, como la mamá pata de los cuentos: «Pero ¡qué bonitos son mis niños!».



## *Desayuno con cotilleos*



Una vez mis pezqueñines desaparecen de mi campo de visión, me reúno con el grupo de papis y mamis con los que desayuno la mayoría de los días.

Me encanta saborear esos desayunos llenos de risas, complicidad y maldades. Porque, oye..., otra cosa no, pero esos momentos son cotilleo y chismorreo del bueno.

Por norma, solemos ser un grupo de cinco madres y dos padres. A veces somos más madres, pero los hijos somos los que cuento.

De lunes a viernes, en fechas escolares, nos reunimos todos alrededor de una mesa para tomarnos un cafetín en el bar La Osadía. El local de nuestra amiga y queridísima Dulce, que, todo sea dicho, nos trata como si ésa fuera nuestra casa, y la tía se acuerda de cómo nos gusta el café a cada uno. ¡Menuda es Dulce!

Una vez en nuestra mesa y nuestras sillas, nos miramos y comienza la charla matinal.

—¿Visteis anoche «El Príncipe»? —pregunta Clara.

—Yo sólo veo a Faruq... —murmura Yolanda—. Pero, Dios mío, ¿no os parece que ese hombre cada semana está más impresionante?

Rápidamente entramos al trapo. Sin duda, el tipo en cuestión es para pegarle un mordisco detrás de otro, cuando uno de los padres sonrío e indica:

—Para guapa, la que hace de su mujer... ¿Habéis visto qué carita tiene?

Todas lo miramos. Procesamos su información. La verdad





es que la chica es muy guapa pero, pasando de responder, afirmo:

—Para carita, la de Faruq. ¡Ay, qué ojazos! Eso sí, los ojos de mi marido no tienen nada que envidiarle. Menudos ojazos verdes los de mi chicarrón.

Todos se miran y sonríen. Saben que estoy muyyyyy encantada con mi marido, que lo adoro y que estoy tremendamente orgullosa de mis veinte años con él. Entonces Yolanda, que es una cachonda y la tía con menos vergüenza del mundo, suelta:

—Déjate de tonterías con tu marido. Lo mejor de Faruq no son sus ojos. Lo mejor es el morbazo que tiene de malo malote, imaginar lo que puede hacer en la cama y...

—Sus oblicuos —apunto.

Todas reímos. Imaginar a aquel adonis con cara de malo y cuerpo de caramelito en la cama..., uf, rápidamente se nos activa la circulación, aunque a mí quien de verdad me la activa es mi Alfonso.

Pero, vamos a ver, ¿acaso los tíos, cuando se juntan en cuchipandi, no hablan de tías? Pues eso se acabó... Ahora somos nosotras, las mujeres, las que hablamos de tíos sin problema.

Que, oye..., podemos estar enamoradas como yo lo estoy de mi Alfonsito, pero ojos tengo, como los tiene él. Vamos, que ciega no estoy, como imagino que Alfonso no lo está por mucho que me quiera.

Tras unas risas, a cuál más perversa, y más aún tras oír a los dos padres meterse con nuestro ídolo, Faruq, Clara pregunta:

—¿Oblicuos? ¿Qué es eso?

Yo, que lo sé porque mi Alfonso los tiene de acerito fundido, respondo:

—Son los músculos que se encuentran en el abdomen y bajan como dos arcos de acero fundido hasta la pelvis. Dios..., ¡me encantan!

Paco y Luis se mueren de la risa, y las chicas también, cuando Clara insiste:

—No caigo... ¿Qué músculos son éstos?

Asiento. Entiendo que no caiga. Su marido, el pobre Jesús, creo que nunca los ha tenido. Miro a mi alrededor en busca de un ca-



chitas para poder señalarle a mi amiga dónde están esos músculos, pero nada. En la cafetería, a esas horas intempestivas, no hay nadie que los pueda tener. ¡Qué penica!

Miro a Paco y a Luis. No, tampoco me valen.

Son muy majos, pero oblicuos, lo que se dice oblicuos, creo que ni cuando eran veinteañeros. Paco debe de entender mi mirada, y rápidamente dice:

—Admito que los tengo, pero en mi caso están escondidos sólo para que los disfrute mi dueña y señora.

Me río. Pobrecico, animalillo... ¿De verdad se cree que los tiene? Todos soltamos una risotada.

Sin duda, allí ninguno somos perfectos, comenzando por mí, que vivo rodeada por un flotador en la cintura, que, dependiendo del día, me trae por la calle de la amargura.

De pronto se abre la puerta de la cafetería y entra Nuria. Ella trabaja en el ayuntamiento del pueblo donde vivimos. Ha ido, ha fichado y, ea, ¡a desayunar! Pero qué bien viven algunos funcionarios.

En un pispás, se integra en la conversación. Ésta sí que sabe lo que son los oblicuos. Nuria está divorciada desde hace más de seis años y, como dice ella, vive la vida loca porque, para que su body se lo coman los gusanos, prefiere que se lo coman los cristianos.

—A ver... —dice mirando a Clara—, ¿recuerdas al Duque, el de la serie «Sin tetas...», cuando salía desnudo de cintura para arriba?

Oh, Dios..., todas asentimos con una boba sonrisa en la boca.

Recordar al Duque, nuestro Duque made in Spain, es organizar un revuelo de emociones, sensaciones y suspiros. Mira que era malvado en la serie, el muy canalla, pero, oye, era sonreírle a la suertuda de Catalina y, ea..., todo el mal hecho se nos olvidaba al noventa por ciento de las mujeres de España. ¡A mí, la primera!

Daba igual que fuera narcotraficante, que matara a su hermano, que fuera un cabroncete con su madre, nada..., absolutamente nada de lo que hiciera importaba, cuando nos hacía sentir lo mucho que amaba a Cata, y todas queríamos un Duque en nuestras vidas.

Continúo soñando con el Duque cuando Nuria, recreándose en cada palabra, añade:





—¿Recuerdas cuando salió boxeando en el gimnasio de su impresionante casa, al lado de una bonita piscina, vestido únicamente con un fino y sensual pantalón negro?

Todas asentimos. Lo recordamos..., lo recordamos...

—Oh, sí... —afirma Clara—. ¡Qué momentazo!

Volvemos a asentir. Momentazo..., momentazo.

—Pues esos musculitos en forma de arco que tenía a ambos lados del ombligo y que se perdían con más morbo que ná bajo esos pantalones, que yo se los arrancaba a mordiscos —cuchichea Nuria—, ¡son los oblicuos!

—Dios..., sólo de recordarlo, estoy haciendo ventosa en la silla —murmura Yolanda.

La risotada es general. Somos más brutas que un arao cuando nos ponemos, y Luis, al ver la algarabía, protesta:

—¿El Duque? Yo no sé qué le veáis, si era bajito y cabezón.

Como si nos hubiera llamado algo terrible, le dirigimos nuestra mirada mañanera asesina. Entonces, Paco comenta divertido:

—Si es que las tías sois de lo que no hay.

—Yo que tú me callaba —afirmo.

Pero, sin escucharme, prosigue:

—Habláis de un narcotraficante con la voz del Pato Donald afónico, pero como le hacía ojitos a la protagonista de la serie, todas babeáis por él... ¡Sois patéticas!

Paco quiere morir. ¿Cómo se le ocurre comparar la voz de nuestro Duque con la del Pato Donald afónico?

Durante varios segundos, todas nos miramos, hasta que Yolanda suelta:

—Mira, guapo, la envidia es muyyyyyyyyyyyy mala. El que tú seas un tío sin duda te da otra visión distinta.

—Sin duda —se mofa Luis con una gran sonrisa.

—Nosotras —prosigue Yolanda— hemos visto a un hombre enamorado de una mujer. Eso sí, rodeado por prostitución, drogas, delincuencia, asesinatos...

—Vamos..., lo normal —vuelve a mofarse Luis.

Normal..., normal... no es. En eso le doy la razón a Luis, cuando Clara protesta:





—Si no os importa, permitidnos soñar un poquito y no seáis cansinos.

Ellos se miran. No es la primera vez que hablamos de aquello.

—Pero... —insiste Paco.

—Paco —lo corta Yoli mirando al pobre incauto—, ten cuidado con lo que vas a decir, porque llevo el Evacuol en el bolso.

Con rapidez, Paco y Luis cogen sus cafés y los tapan con las manos. Yoli todo lo arregla con Evacuol. Que le caes mal, que le juegas una mala pasada o que eres como el idiota de su ex, la tía siempre se las ingenia para que un chorretón de aquel laxante acabe en tu bebida y te cagarrutees vivo durante días.

En ese instante aparece Alicia, otra de las mamás y, antes de sentarse, susurra con cara de maldad:

—¡Cotilleo fresco!

Todas y todos olvidamos al Duque, a Faruq y al Pato Donald y miramos a Alicia, hasta que ésta se sienta y, bajando la voz en plan cotilleo... cotilleo..., suelta:

—Me acabo de enterar de que Susana, la divina del Audi A3 blanco que se cree que desciende de la sacerdotisa Abubi Rabuti, ¡se divorcia!

—¡Coño! —suelta Paco.

Un «¡Ohhhh!» general hace que nos miremos incrédulos como si hubiéramos oído algo tan esperado como que la crisis se acaba.

—¡¿Hablas de la Shakira?! —exclamo yo, y Alicia asiente.

—Pero ¿cómo puede ser? —pregunta Nuria—. ¿No se casó en noviembre con el del banco?

—Sí —responde Clara incrédula.

La muchacha de la que hablamos es la envidia de muchas mams. Ella es el glamur personificado, la belleza natural, pero también la encarnación de la gilipollería. Se ponga lo que se ponga, la tía parece como recién salida del Vogue, eso sí, es abrir la boca y te dan ganas de meterle una coliflor a presión para que se calle.

—Pero vamos a ver, ¿habláis de la buenorra rubia de caderas perfectas y pechitos maravillosos? —pregunta interesado Luis, el divorciado.

—Sí, amigo, la que se casó hace cuatro días —asiente Paco.





Alicia, la muy puñetera, tras sonreír por el bombazo que nos acaba de soltar, da un sorbito al descafeinado que Dulce le ha traído e indica:

—Al parecer, su marido se ha dado cuenta, tras cuatro meses de casado, de que lo agobia el matrimonio.

—¡¿Qué?! —exclamamos todos al unísono.

Alicia asiente de nuevo sonriendo y cuchichea:

—A mí me ha dado hasta pena. Me la he encontrado cuando venía hacia aquí y me lo ha contado. Según dice, el tonto de su marido se ha dado cuenta de que no le gusta vivir en pareja y con el hijo de ella.

—Pero si está buenísima. Menuda pechuga que tiene la rubia —murmura Luis.

Lo miro. El muy lumbreras sólo ve en ella un cuerpo. Vale..., la tía es tonta pero, hombre, por Dios..., ¡tiene un niño de la edad de mi pequeño y corazón!

—¡Hombres!... Si es que todos son iguales —suelta Clara al ver mi cara y entender lo que pienso.

Paco y Luis se miran con complicidad, y el primero dice levantando las manos:

—Que conste en acta que yo adoro a mi mujercita y por nada del mundo me separaría de ella.

Oírlo decir eso me hace sonreír.

Paco es de los pocos hombres que yo conozco que besa por donde Cristina, su mujer, pisa. Hacen una excelente pareja y él lleva de lujo que sea ella la que provea a la familia. En su relación, los papeles están invertidos. Ella trabaja fuera de casa, es una gran ejecutiva en una multinacional, y él se ocupa de la casa y de los niños.

Abstraída pensando en la bonita vida de Paco y Cristina cuando oigo que Luis dice:

—A ver..., antes de que Yoli me eche el Evacuol en el café por haber dicho que la Shakira está buenísima, quiero recordaros que estoy divorciado, dolido y sin corazón, porque mi ex me la pegaba con otrossssss, y cuando digo «otrossss» ¡es «otrossss»!

En el pasado, el pobre Luis era un hombre engañado. Su mujer, Marisa, se liaba con todo bicho viviente mientras él viajaba por



todo el mundo para la empresa para la que trabaja, hasta que finalmente los cuernos fueron tan descarados que Luis la dejó.

Todas asentimos, ¡animalillo!... Y al entender su mirada de cachorro abandonado, digo recordando a mi amiga Soraya:

—Bueno, hay que reconocer que no todos los hombres son iguales.

—No. No todos somos iguales —afirma Luis.

Del grupo, sólo Paco, Clara y yo estamos felizmente casados. Qué triste debe de ser enterarte de que tu pareja te engaña. Qué triste debe de ser llevarte esa decepción.

Cuando Yoli pilló a Manolo engañándola no con una, sino con dos, creí que lo mataba con el Evacuol, hasta que decidió divorciarse. Eso sí, hoy por hoy, la tía está feliz, y más cuando se va de juerga con Nuria y Alicia.

En ocasiones hemos salido juntas a cenar. Alfonso se queda con los niños, y yo salgo y entonces me doy cuenta de lo anticuada que me estoy quedando en muchas cosas. Ya no se liga con pedir fuego, con mirar, con invitar a bailar. Ahora se liga por las redes sociales, se queda con el chorbo en cuestión y, si la cosa fluye, pues polvete que te crío.

Por suerte, yo me mantengo al margen. Me lo paso bien con las amigas cuando salgo, pero no quiero líos. Yo soy fiel a mi Alfonso. Llevo toda la vida con él, y sé que él es tan feliz como yo. El pobre, cada vez que se tiene que ir de viaje varios días, casi hasta llora mientras lo ayudo a hacer la maleta, ¡angelito!

Sonríó sumida en mis pensamientos con mi maridito cuando oigo que Yolanda dice:

—Mira, Luis, lo mejor que te pudo pasar fue lo que te pasó. Si tu primo no llega a encontrarse a tu ex en ese hotel de carretera, todavía estarías casado con ella, y a saber Dios lo que podría haberte llegado a pegar.

—Calla..., calla... —murmura él arrugando el entrecejo.

—Está visto que el amor y la fidelidad son algo en extinción —afirma Nuria.

—¡No digas eso! —protesto ofendida—. No todos los hombres ni las mujeres son iguales. Mi marido está muy enamorado de mí

y yo de él. Es un hombre detallista, ¿o acaso no os lo he dicho mil veces?

—Vale. Alfonso es diferente —matiza Nuria.

Oír eso me gusta. No quiero que metan en el mismo saco a mi marido. No, no se lo merece.